El ídolo

Eduardo Perezzi

Capítulo 1

Rachel acostumbraba ir a la feria a ver las novedades, eran un gran espectáculo. Le encantaba el bullicio, los gritos de los feriantes ofreciendo sus productos, el tránsito de personas, era un mundo distinto de su vida normal. Existían objetos que van desde los más diversos, hasta frutas excéntricas.

Al fin había ahorrado lo suficiente, había trabajado ayudando a su madre en los quehaceres de la casa, caminando todas las mañanas desde casa hasta la escuela y devuelta, solo para poder ahorrar unos cuantos pesos extras. Se sentía feliz, al fin podría comprar lo que vio la semana pasada.

Se paseó por los puestos observando todo tipos de cosas. Empezó por el sector de frutas, luego por la ropa. Pero lo que a ella le importaba era lo que había visto.

El puesto al cual se dirigía era el que se encontraba más alejado. Jamás lo había visto antes, pero hace una semana lo encontró, era de lo más extraño. Generalmente la gente evitaba esos últimos puestos por ser de gente extranjera con gustos muy raros, ella escucho algunos comentarios de una madre diciéndoles a sus hijos que no se acercaran a esos últimos puestos del callejón, que esas personas eran brujos. Al mirar hacia la dirección que les señalaba la madre a sus hijos, vio un callejón bastante sucio y penumbrosos, donde se vislumbraban algunos puestos. Rachel pensó que los comentarios de la madre eran infundados, solo se los decía para evitar que sus hijos se metieran a curiosear solos en ese lugar. Esos claros dichos de padres para hacer que sus hijos no se separaran de ella por la cantidad de gente, que acostumbraban a visitar y ambular por la feria.

No le dio importancia, en ese puesto tenían los más grandes atractivos para ella, que tenía una curiosidad insaciable sobre leyendas y mitos. Ya enfrente del callejón, caminó directo al puesto, que en la parte superior tenía el número cuatro.

Aquel puesto estaba repleto, de extrañas esculturas, máscaras, y otros objetos que ella no conocía, algunos tenían una forma bizarra, pero esto le parecía fascinante. Desde la semana pasada que acompañó a su madre, se había perdido por un momento cuando se alejó curioseando por la gran cantidad de cosas que se exponían, llegando a la entrada del callejón. Ahí escucho la discusión de la madre con sus hijos.

Había quedado fascinada al ver las esculturas y representaciones de todo tipo de seres, desde un ciervo gigante en una roca recostado, hasta la figura por la cual no ha dejado de pensar. Esa extraña escultura tipo monolito de piedra de un ser antropomórfico, que tenía rasgos

fascinantes; Una cabeza de calavera, las costillas hundidas, la columna vertebral sobresalía del cuerpo y lo mas característico, era que desde el cráneo emergía una cabellera gruesa parecida a tentáculos, con cada ciertos tramos circulares pareciendo cascabeles, esta cabellera era tan larga que llegaba hasta la base de la escultura monolítica blanca. Otra cosa que la cautivó era la serie de agujeros que tenía éste ídolo sentado en una especie de trono o piedra.

Ella que era gran fanática desde pequeña de culturas antiguas, y de todas las cosas que el hombre no ha podido racionalizar y dar explicación, podía pasar horas en su habitación encerrada con el ordenador viendo canales de YouTube sobre temas de este tipo.

Rachel se quedó contemplando la pequeña estatuilla de ese extraño ser, lo miraba fijamente casi hipnotizada, sentía una necesidad tremenda de obtenerlo. Cuando vio el precio de diez mil pesos la primera vez, fue tal su disgusto, que se fue rápidamente del lugar pensando en cómo poder obtenerlo. Sabía exactamente que a su madre no le sobraban los recursos, apenas podía costear los gastos, ya que su padre había quedado desempleado. Pero hoy ya había completado su meta.

-¿Que deseas pequeña?-. Resonó una voz grave desde el fondo de la tienda.

La chica se asustó y dio un paso para atrás, apartó la vista de la estatua para mirar al dueño de la voz. Vio a un hombre viejo y arrugado, era extremadamente delgado, se apoyaba sobre un bastón, parecía como si su edad rondara los noventa años o talvez más pensó ella.

El hombre vestía un traje de negro, con camisa blanca, Rachel podía notar de sus manos su piel seca y como se resaltaban los huesos de la manos y la cara. Especialmente ésta, estaba muy mal trecha, sus mejillas y ojos hundidos, el hombre parecía que lo aquejaba algún mal por como caminaba hasta ponerse al lado de ella. Rachel al fin se recompuso y apuntó a la pequeña estatua situada en el mesón.

-Quiero aquella estatuilla, la que parece un monolito-. Mirando al hombre.

Él la miro profundamente, a su vez la niña lo miro, ella notó la mirada intensa y penetrante de esos ojos vidriosos y blanquecinos. Esos ojos que parecían estar leyendo su alma.

El hombre contestó sin girase a ver adónde apuntaba la niña, le contestó;

-Así que vienes por la estatua de Ah Puch. El otro día te vi. Supe que ésta estatua estaba en tu destino, como lo estuvo en el mío. Apareció ante mí en una excursión en lo profundo de las selvas, cuando encontré cobijo en

una caverna. Se mostró, porque era nuestro destino cruzarnos, como ahora es el tuyo-.

Estaba perpleja, no sabía que decir. Todo le pareció extraño y más la anécdota, no sabía que contestar así que solo aguardó en silencio.

El hombre estiró su brazo y cogió la estatuilla.

-Toma-. Dijo pasándosela.

Ella rápidamente sacó el dinero, pero él la detuvo.

-Te lo dije, es tú destino. Así estaba escrito. Este Dios te eligió, y creo saber por qué, no es un dios que ayude a las personas, es todo lo contrario, es de la desgracia, pero te eligió. En tiempos remotos contaban historias que elegía a personas y les brindaba su apoyo. En este tiempo eres tú la elegida. Yo solo fui el vínculo en este tiempo-.

Rachel se alejó caminando lentamente con la estatuilla en la mano, aun podía sentir la fuerte mirada de aquel hombre. Mientras se alejaba escuchaba una risa bastante fuerte o quizás fue su imaginación, no lo sabía.

Caminó un buen rato dirigiéndose a la salida para ir a su casa. Estando ya cerca de la entrada, alguien le agarra el hombro y la empuja haciéndola caer. Al intentar mantener el equilibrio la escultura de piedra se le resbalo, cayendo un poco más allá, al igual que algunas de sus monedas del bolsillo.

-¿Rachel que haces por acá?-. Sonaron a coro la voz de dos niñas.

Rachel arreglo sus gafas y levanto la vista. Frente a ella, se encontraba las gemelas Godoy; Camila y Constanza, estaban riéndose de ella. A tras de ellas estaban Bruno, Juan y Romina.

Bruno se acercó y empezó a recoger las monedas con una risa burlesca.

-Mira Camila, las tenía bien escondida.- Dijo Bruno mientras le pasaba las monedas.

-Creía que no tenías, ya que la cuota de hoy en el colegio fue retirada-. Mirándola con una mueca burlesca.

Rachel la miraba con odio, un odio nacido del interior de alma; Desde que entró a ese colegio, las gemelas Godoy le habían hecho la vida imposible. Ella se defendió, pero todo resultó aún peor para ella, ya que esos dos niños la agarraron y las dos gemelas se dedicaron a golpearla en el vientre y le robaban el poco dinero que sus padres le daban. Así, había

sido todos los días, pero ella jamás se rendía siempre que le pegaban. Jamás lloró. Los miraba con un odio que hacia estremecer a todos ellos, generando que le pegaran más duro.

-Debe tener más, revísala Romina-. Le habló Constanza.

Al final toda su dedicación por ahorrar ese dinero y su esfuerzo, le fue robada.

Rachel se resistió, pero las gemelas la levantaron y condujeron por detrás de las tiendas, donde nadie pasaba. Ella se resistía, pero un golpe en el estómago la dejo sin aire. Al llegar ahí la empujaron, haciéndola caer de nuevo. Rachel miró, y vio como Juan le pasa a Constanza la estatuilla, mientras le decía algo al oído.

-¡Es mío, devuélvemelo!-. Gritó Rachel.

-¿Así que ésta rara cosa es tuya?-. La interrogó Constanza mirándola con ojos malévolos.

- ¿Por lo que veo aún no lo entiendes? Todo lo tuyo nos pertenece, tu casa, tu patio, todo. ¿Oh quieres que mi padre se entere que nos quisiste golpear? ¿Que nos quisiste robar? Eso dejaría a tu pobre familia en la calle-. Le dijo Camila.

Rachel solo podía callar, siempre quiso golpear a las gemelas, pero desde que se enteró que el dueño de donde trabajan sus padres era el padre de las gemelas, intentaba evitarlas a toda costa. Sabía muy bien que sus acciones podían terminar en el despido de sus padres. Rachel se sentía frustrada.

-Esta fea cosa es como lo que trae papá de sus viajes, por lo general son cosas bastante caras-. Hablan entre si las gemelas.

Camila se acercó a Rachel y le dijo.

-Seguro lo robaste, estas cosas son caras, alguien de tu nivel no podría pagarlo. Me lo dejaré como recuerdo, se la daré a mi padre-. Y la escupió mientras reía.

En su interior Rachel la miraba con un odio inmensurable, los odiaba. Dirigió su mirada a la pequeña estatua.

-Todo fue por tenerte, por desearte-. Maldecía en su interior.

El grupo de las gemelas se reía y miraban a Rachel ahí tirada en el suelo. Romina agarró una piedra y se la lanzó, lo mismo hicieron las gemelas. Se protegió como pudo, pero la primera piedra le pego en su cabeza. Se

levantó pero ambas gemelas se acercaron y la volvieron a empujar.

-No queremos volver a ver tu rostro por acá o te irá peor.- Dijo Camila. Ambas le dieron la espalda y caminaron donde estaba Bruno y éste le pasó la estatua a Constanza.

Rachel mientras los veía alejarse su odio crecía, más y más. De apoco comenzó a incorporarse, desde su interior su alma vociferaba, los maldecía, miro a la escultura con ojos repugnantes de ira, aquella pequeña escultura que tanto deseo, que tanto quiso para su colección, pero en este momento la aborreció, la culpó. De repente ésta giro su cabeza para observarla, le sonreía.

Ella quedó paralizada ahí de pie, estaba con la boca abierta. En su interior el rastro de odio se esfumó. Solo pensaba que el golpe con la piedra había sido demasiado fuerte, que estaba viendo visiones. Se dio media vuelta con raspones en sus brazos, piernas y cara. Camino lento, pensativa, introspectiva, todo a su alrededor parecía en silencio, parecía inmutable, caminó a casa con su cuerpo malogrado. Todo le pareció un sueño.

-Vamos a mi casa, no hay nadie hoy hasta la noche.- Dijeron las gemelas Godoy. Ellas tenían la costumbre de hablar al mismo tiempo como si su mente estuviera conectada. Entonces se dirigieron en dirección de la casa de las gemelas. La casa de las hermanas quedaba pasando la gran plaza, pero decidieron tomar el camino largo rodeándola. Bruno quería hacer una parada en la casa de los hermanos Lobos. La casa de estos hermanos era una de las más grandes ya que el sector donde vivían era el más acomodado de la villa. Bruno y los hermanos habían acordado en el colegio ésta reunión, ya que los hermanos Lobos son los que vendían cigarrillos en el colegio. Estos hermanos apodados Lalo y Pepe, ganaban buen dinero con su negocio, ya que su padre tenía un negocio propio y estos le robaban algunas mercancías para poder venderlas en el colegio. Bruno lo conocía desde pequeño ya que siempre jugaron juntos al futbol, al igual que las hermanas Godoy eran gemelos.

Bruno los dirigió por el costado de la casa para entrar por la puerta trasera, el conocía bien como entrar. Había ido muchas veces a esta casa y lo que más odiaba era a la señora Pérez. Era una viejecita que jamás se le escapaba algo de lo que sucedía en la villa. Se sabía todos los chismes y cada anécdota que sucedía alrededor de su casa. Y aún con más razón lo que pasaba y hacían los hermanos Lobos, ya que era su vecina.

Quería entrar desapercibido con su grupo, por eso se había dirigido inmediatamente a la puerta trasera. Él odiaba que cada travesura que había realizado junto a los gemelos, sus padres o los padres de los gemelos eran avisados por alguien. Él no tenía duda de que era esa pequeña viejecita toda arrugada. La odiaba, pero ella debía odiarlo más, por las crueles bromas que le hacía a su casa junto a los gemelos. No

tenía duda de ello.

Abrió la puerta, esperó que todos entraran para luego él entrar. Al cerrar la puerta miró a la pequeña ventana que daba justo al patio de los gemelos. Sabía que la señora Pérez lo observaba desde el otro lado.

La cocina era acogedora y amplia, Bruno al cerrar la puerta vio que lo esperaban, se había olvidado de que él era el único que era amigo de los gemelos.

-Esperen aquí, iré hablar con ellos.- Todos asintieron y se sentaron en la mesa de diario en la cocina, empezaron a charlar sobre música y juegos. Bruno se dirigió desde la sala de estar rumbo al dormitorio de los hermanos. No pasaron más de diez minutos cuando se abrió la puerta y apareció Bruno con un paquete bajo el brazo y atrás de él los gemelos.

-Bueno dejen que los presente. Este es Lalo-. Señaló al joven a su costado derecho - y este Pepe-. Señalando al costado izquierdo, les habló Bruno.

-Hola-. Respondieron ambos, empezando a saludar a cada uno.

-Bruno nos contó que van a casa de ustedes-. Hablaba Pepe señalando a las gemelas.

-Nosotros le decíamos a Bruno que nuestros padres están de viaje, así que no volverán hasta la próxima semana. ¿Qué tal si realizamos una pequeña fiesta aquí, ya que estamos todos reunidos? Así no perderán el tiempo de llegar hasta su casa, tenemos cerveza en el refrigerador-. Les dijo Lalo.

-Yo estoy de acuerdo-. Respondió Bruno, los otros tampoco tuvieron objeciones.

-Pasemos al living, Pepe llevará cigarrillos, cerveza y algo para comer-. Dijo Lalo.

Dirigió a todos hacia el living. La habitación era amplia y acogedora. Los muros tenían un color marrón suave, con bordes blancos. Daba un aire humilde pero el espacio estaba combinando con el comedor lo que lo hacía ver mucho más amplio de lo que era.

Había una gran variedad de objetos mineros y cuadros relacionado a esto. Lalo les contaba que su padre ganó cierta fortuna cuando inició en el rubro minero y logró invertirla en el negocio actual. Prendió el televisor mientras los demás charlaban y sintonizó un canal de música, lo puso a un volumen moderado para que hiciera de ambiente, para luego integrarse a la conversación. En eso apareció Pepe con los bocadillos y un pack de cervezas frías que las puso en la mesa de centro. Todos se

sentaron alrededor de ésta. Bruno desenvolvió el paquete que tenía bajo el brazo, era lo que había comprado, unas cajetillas de cigarros y unos habanos sueltos. Lalo traía unos cigarrillos, una botella de pisco y unos ceniceros. Pepe les pidió a las gemelas si les ayudaba a traer vasos y algunas bebidas. Las chicas se levantaron y lo acompañaron, al rato volvieron con una bandeja con vasos cada una que dejaron sobre la mesita de centro y se sentaron en el círculo que rodeaba la mesa. Constanza sacó de su bolso la estatuilla y se la mostró a los muchachos para saber su opinión. En se momento se estaba sentando Pepe después de dejar las bebidas.

-¡Fascinante, me dejas verla!-. Exclamó Pepe.

-Claro-. Respondió Constanza pasándosela.

Pepe la observó fascinado, pasó su mano en cada recodo y curva sintiendo la textura.

-Está muy bien tallada-. Dijo.

Todos lo quedaron mirando, estuvo así alrededor de diez minutos inmerso. Los demás continuaron charlando, bebiendo y fumando. Después de un rato Pepe le hablo a Constanza:

-¿La vendes?-. Le consulto.

Constanza miro perpleja a Pepe por un momento y le contesto.

-¿No sabía que tenías estos gustos?-. Respondió.

-No, solo me ha fascinado, los detalles, sus muescas, parece viva-. Contestó Pepe.

Constanza miro a su hermana y después de un momento le dijo.

-Se la llevábamos a papá que le fascinan estas cosas raras y antiguas, si no la quiere o no es de su agrado te la vendemos, no tenemos problemas. Pero habrá que esperar la respuesta de nuestro padre-.

Las facciones de Pepe marcaban una clara mueca de descontento, pero no podía hacer nada. Miró otro rato la estatua y la colocó en el aparador que estaba atrás de él. La estatua quedó justo enfrente de las hermanas Godoy. A Camila le parecía que aquella estatuilla los estaba observando, mientras los demás charlaban y se divertían. Mientras ella conversaba la miraba de reojo, pero al girar su cara para mirarla de frente notaba que estaba en la misma posición que la dejaron. En eso los gemelos Lobos se levantaron y empezaron hacer una rutina humorística con lo cual las carcajadas, inundaron la habitación. Todos se reían, hasta que el vaso que

sostenía Camila cayó y se quebró, interrumpiendo todo el alboroto.

-¿Qué te paso, te sientes mal?-. Le pregunto Constanza a su hermana.

Camila estaba quieta no movía ni un musculo, su mirada se mantenia fija en lo que estaba detrás de los hermanos Lobos.

Asustada Constanza apretó fuerte el hombro de su hermana y mirándola fijamente volvió a preguntar casi gritando.

Camila apuntó hacia atrás de los gemelos, y contestó con una voz casi inaudible

- La estatua se giró… nos está mirando-.

-¡Has tomado suficiente!-. La reto Constanza sin siquiera inmutarse y proseguir en lo suyo.

Le habló a Juan que estaba a su lado, pero este no le contesto. Notó que miraba hacia donde apuntó su hermana, la ubicación de la estatua. Constanza se giró y vio que todos miraban estupefactos, en silencio, nadie gesticulaba ni producía sonido alguno. El silencio se apodero del lugar ya que era inaudible la televisión.

-¡Hey Chicos! ¿Están bien?-. Dijo mientras miraba el aparador donde estaba colocada la estatuilla.

Lo que vio la aterrorizó, la pequeña estatuilla miraba a Bruno, luego a Pepe, luego a Lalo y así a cada uno de ellos, hasta que poso su mirada sobre ella. Una leve sonrisa se dibujó en ese extraño ídolo…

La señora Pérez se encontraba lavando en su patio trasero, cuando un grito ensordecedor le llego desde la casa de los Lobos.

-Estos niños están haciendo de las suyas de nuevo, ¿Acaso no aprenden?-. Pensó.

Varios gritos desesperados volvieron a resonar, con indescriptible terror, resonaban pidiendo ayuda. Sintió una opresión en el pecho, jamás en su vida había oído tales gritos, parecían animales siendo sacrificados en un matadero. Dejó la ropa que tenía en las manos y se apuró en ir a la puerta de salida de su patio. Al salir, vio a su vecino del frente el señor Cortes dirigirse hacia ella.

-¿Que ha sido eso?-. Le pregunto Sr. Cortes.

-No lo sé-. Le contesto.

Ese fue el único intercambio de palabras que hicieron. De repente una ventana explotó saliendo los vidrios disparados. Los gritos pidiendo auxilio se intensificaron, tanto el Sr. Cortes, como la Sra. Pérez, estaban cubiertos de sudor, estaban realmente tensos, por lo que escuchaban.

Ambos habían ingresado al porche de acceso cuando la puerta se abrió, este simple acto los petrificó. El silencio se había tomado sus dos cuerpos inmóviles, viendo expectantes lo que sucedería, mientras la puerta se abría lentamente. Para ellos, ese momento se transformó en una eternidad. La puerta se abrió completamente, a pesar de estar en el atardecer, el interior estaba completamente obscuro. Ellos se mantuvieron quietos. El Sr. Cortes fue el que dio el primer paso. Pero se vio interrumpido por una sombra que se aproximaba desde el interior. Era Romina que se apoyó en el marco de la puerta.

-¡Ayuda!-. Gritó ella.

Él Sr. Cortes se dirigió rápido hacia ella y cuando Romina dio su primer paso fuera de la casa, una línea roja se marcó en su torso horizontalmente, al dar su segundo paso, su cuerpo se dividió en dos. La parte superior cayó mirando a la Sra. Pérez mientras Romina estiraba sus manos. Su otra mitad se mantuvo unos segundos erguida, para luego desplomarse hacia el lado contrario. Sus tripas afloraron de su cuerpo, inundando toda la entrada con un hedor repulsivo provocado por las mezclas de jugos intestinales, fecas y sangre. Estos jugos fueron extendiéndose por todo el porche hasta llegar a la grada de cambio de nivel, escurriendo hacia el antejardín.

El Sr. Cortes estaba atónito, mientras fuertes arcadas lo hicieron retroceder hasta el antejardín, para devolver lo que acababa de almorzar. En cambio la Sra. Pérez estaba pálida, su curtida piel tostada por los años, ahora era tan blanca como la nieve. Sintió que sus fuerzas le faltaban, sus piernas se arqueaban y su mente se nublaba cayendo hacia atrás en el pasto del antejardín.

El Sr. Cortes, sintió un golpe seco, se giró rápidamente y vio a la Sra. Pérez en el suelo, se irguió sacando su celular y marcando el número policial, mientras caminaba rápido para auxiliar a su vecina. Se arrodillo a su lado y comenzó a reanimarla para que despertara. Un hormigueo sintió en su espalda, una fuerte impresión de estar siendo observado desde el interior. Se volteó pero solo vio la obscuridad inmensa que inundaba el interior, pero tenía la impresión de ver una silueta al interior. Estaba absorto, mirando fijamente aquella atrayente obscuridad, algo le decía que entrara, estaba deseoso de entrar. Se irguió, mientras la Sra. Pérez ya se reincorporaba recuperado la conciencia. Desde su celular se escuchaba la voz de la policía para que le contara de la emergencia.

Estaba subiendo las gradas cuando una mano fuerte se posó en su hombro. Esto lo despertó y se giró a ver. Era su vecino Eduardo y mucho más atrás se habían reunido ya un grupo de vecinos y gente que pasaba por ahí, muchos se encontraban hablando por sus celulares.

-¿Oye, estás bien?-. Lo interrogó Eduardo. - Ibas directo para entrar solo. Entráremos contigo-. Señalo a su costado a Daniel.

Estaba desorientado, ¿En qué momento acudió tanta gente?, no lo sabía. Algunos vecinos y transeúntes estaban auxiliando a la Sra. Pérez, mientras algunas otras cuchichiaban y hablaban por el celular como también algunos niños sacaban fotos desde sus celulares.

Dos transeúntes también se acercaron. Al final decidieron que se quedarían en la entrada, por si habían heridos para poder sacarlos rápido. No se oía ni disparos, ni gritos. Así que estaban seguros que podía ser algún animal salvaje, tal vez un puma u otras fieras.

Daniel traía dos revolver uno se lo pasó al Sr. Cortes, Eduardo trajo de su casa un bate. Decidieron pasar rápido por el porche, para ver lo menos posible el cuerpo cortado de la muchacha, ya que se desprendía un olor nauseabundo.

Entraron lentamente, el interior estaba totalmente sumido en la obscuridad. A los tres le pareció realmente extraño. Algunas ventanas estaban rotas, pero la luminosidad del exterior no se lograba filtrar hacia el interior. La umbra era de una espesura siniestra y aterradora, era la que habita la casa.

Se posicionaron en forma triangular, para estar atentos a cualquier movimiento raro o cosa que pudiera atacarlos. El aire estaba rancio y pesado. Un ambiente de intranquilidad flotaba en el aire y un fuerte olor a sangre era perceptible para ellos. Algo en el ambiente los tenían intranquilos. El Sr. Cortes quien era quien iba a la cabeza de la formación, se sentía ahogado y su intranquilidad afloraba por su piel, estaba cubierto de sudor. Él sabía, estaban siendo observados.

Estaba inmerso en esa espesa umbra, caminando a tientas. El único sonido que le era transmitido a sus oídos eran sus pasos y el fuerte llamado que hacia Daniel, por si había alguien que necesitara ayuda. A veces pisaban alguna especie de charcos, avanzaban lentamente. En aquella espesura sombría, que poco les dejaba ver.

Un sonido sordo y estruendoso provino desde atrás de ellos, se voltearon rápido, Daniel miraba hacia atrás. En el suelo tendido estaba Eduardo que se incorporaba sobándose su cabeza, Daniel se acercó rápido y lo ayudo a

levantarse.

-Algo me golpeo por la espalda-. Dijo Eduardo.

El Sr. Cortes camino hacia Daniel y Eduardo pero algo golpeo con su zapato. Era una especie de almohada de tamaño medio, ovalada por lo que pudo distinguir. Para poder observarla mejor se arrodillo.

Un líquido visco penetró a través de la mezclilla de su jeans, empapando sus rodillas. Agarro aquel bulto ovalado, le parecía extraño. No era suave como una almohada, por lo que su primera observación estaba errada. Siguió palpándolo, y el tacto de apoco le fue revelando lo que sostenía. Ahogo su voz, trago saliva, su transpiración poco apoco se volvió fría y gélida recorriendo todo su cuerpo. Una pequeña gota nació desde su frente, se deslizo por su nariz y de ahí cayó al suelo.

-¿Tienen fuego o algo para alumbrar?-. Lo dijo con un susurro casi inaudible, como si su voz se apagara.

Daniel y Eduardo ya incorporado se acercaron al Sr Cortes que se encontraba arrodillado dándoles la espalda por lo que podían divisar. Tanto Eduardo como Daniel eran buenos fumadores, así que cargaban sus encendedores de bolsillo y sus celulares. Daniel se arrodillo junto a él y Eduardo le acerco su encendedor mientras desbloqueaba su celular.

La mano del Sr. Cortes estaba húmeda y fría, aquel viscoso líquido que tenía en su mano se le impregno en sus dedos. Daniel y Eduardo notaron que sus celulares se apagaron, esto les pareció raro porque los habían estado usando antes de entrar.

-No prenden los celulares, habrá que probar con los encendedores-. Dijo Eduardo.

El Sr. Cortes empezó a sacar chispas de aquel encendedor, lo mismo hacia Daniel instando a encenderlo. Con cada centellada de luz, Eduardo vio a una figura sombría de aspecto retorcido y sus huesos a la vista, con grandes agujeros en su cuerpo, de estos agujeros salía la obscuridad, esta especie de niebla humeante que inundaba la habitación. Se encontraba en el punto más lejano y con cada movimiento de los dedos del Sr. Cortes y Daniel, la figura de este extraño ser se iba acercando.

Eduardo estaba estupefacto, su voz no nacía de su garganta, la figura cada vez era más nítida. Tenía una forma invertida. Su esqueleto estaba por fuera de su piel, sus agujeros, su piel putrefacta, parecían estar descomponiéndose. Lo adornaban grandes cantidades de joyas de aspectos rústicos por todo su cuerpo. Grandes macizos adornaban su cráneo, con una especie de ornamenta animal, lo que más resaltaba era su esquelético cuerpo. Para Eduardo en ese leve instante le era difícil

saber cómo soportaba el peso de aquellos adornos. La centellada del encendedor se volvió fija en ese instante.

El Sr. Cortes, salto hacia atrás soltando el encendedor encendido que cayó al suelo. Estaba pálido, como si la flama de su vida se hubiera apagado. El encendedor seguía iluminando bajo sus pies. Daniel que no pudo encender el suyo, miró lo que estaba cerca del Sr. Cortes. Era la cabeza de un niño.

-¡Es Bruno!-. Grito Daniel mientras daba algunos pasos hacia atrás.

Eduardo aun inmerso, parado, dando la espalda a los otros dos, logró ver nítidamente al extraño ser. Estaba paralizado, los ojos rojos profundos destacaban, no le dejaban moverse.

Todo se aclaró de repente, el espacio que les rodeaba era un infierno de sangre y tripas. Los cuerpos de los niños rasgados como migajas de pan, yacían tirados por todo el living. Las paredes estaban escritas con números, signos, símbolos y letras extrañas realizadas con la sangre. En medio, cerca de Eduardo, estaba una figura demoniaca, posado sobre sus pies huesudos.

El Sr. Cortes y Daniel estaban estupefactos ante tal escenario que se les mostraba. Recorrían con sus ojos la escena de los cuerpos cercenados, su mirada en momentos se quedaba fija en alguna extremidad o cabeza que estaban desparramadas.

De a poco volvió el brillo en los ojos del Sr. Cortes, quiso moverse, para huir de ese espantoso lugar, quería arrancar de tan aterradora escena, sacada desde las profundidades del infierno. Su cuerpo no le obedeció, no reaccionaba, su mente solo le repetía que tenía que huir. De pronto un pensamiento empezó a formarse en su mente, demasiado sutil, demasiado débil, que fue tomando forma y amplificándose. Sus ojos se abrieron como platos y su pupila se dilato casi tan grande como el iris…

-Lo que hizo esto, aun puede estar en la casa-. Pensó…

Un grito fuerte, ensordecedor y desesperado hizo salir al Sr. Cortes de su trance. Era Eduardo quien se agitaba, agarrándose la cabeza, sacudiéndola frenéticamente.

-¡No más, no más!-. Gritaba esté mientras se retorcía.

Daniel que se encontraba cerca de él lo agarró y lo abofeteó, intentando que recobrara el sentido…Una risa burlesca empezó a inundar la casa, subiendo el volumen a medida que la misma se hacía más cercana.

El Sr. Cortes se levantó, mientras la estruendosa risa avanzaba hacia

ellos. Corrió en dirección a la salida mientras gritaba:

-¡Corran!-.

Daniel agarró a Eduardo que estaba de rodillas golpeándose la cabeza mientras gritaba:

- ¡Somos su tributo!-. Mientras lloraba y reía.

Daniel se giró para ver al Sr. Cortes, pero lo que vio lo dejo helado, sin habla, no pronunciaba palabra alguna. El Sr. Cortes se movía sin brazos, un agujero atravesaba su estómago permitiendo ver sus órganos.

-¡No hay tiempo es demasiado tarde!-. Gritaba Eduardo.

Daniel se voltio, solo para ver la cabeza de Eduardo rodar, mientras la sangre lo empapaba.

-No hay tie…-. Escuchó de la cabeza de Eduardo.

Daniel aterrorizado y temblando corrió hacia la puerta, el cuerpo del Sr. Cortes no estaba en la salida. Una gran cantidad de sangre le llego desde arriba, miro hacia el cielo y vio al Sr. Cortes incrustado en este, su cabeza había sido arrancada de cuajo, y posicionada en el agujero de su estómago, sus brazos habían sido colocados en su boca y sus ojos azules penetrantes, lo miraban fijo.

Daniel cayo de espalda, estaba temblando, su cuerpo lo sentía frio y gélido. Su cuerpo no respondía quería huir de esta casa. Atónito miraba la escena que tenía frente a sus ojos, en su interior le rogaba a su cuerpo que se moviera. Sus extremidades pesaban mucho, como si fueran de piedra, miró la puerta, estaba a solo algunos pasos. Su cuerpo reaccionó, se movió lento, puso su mano en el marco de la puerta, cuando notó a su costado derecho una presencia. Era un ser horripilante, sus huesos estaban en el exterior cubriendo su carne en descomposición llena de agujeros. Su corazón se paralizo, al ver al infernal ser. Este le esbozaba una horrible y asquerosa mueca, una sonrisa macabra de aquellos labios obscuros.

Su cuerpo se rindió. Daniel sabía lo que iba a pasar…

El oficial Aguilera recibió por radio el aviso de un altercado y disturbios por asuntos domésticos, donde se escucharon gritos. La ubicación era a un par de calles desde su ubicación, calle Julio Cortázar con las Violetas.

Generalmente a él le gustaba hacer su rutina solo. Justo hoy lo pusieron a cargo de su nuevo compañero recién salido de la escuela de policías Diego Castro, así que estaba a su cuidado. Diego era algo torpe y tímido, le

faltaba confianza en sus habilidades. El oficial se reía y se recordaba de sus primeros días como novato.

-¡Vamos Diego!, hay trabajo-. Le dijo al joven policía.

Diego se apuró a subir al auto tropezándose, pero logro mantener el equilibrio.

-¡Vamos!-. Contestó.

Montaron el coche y se pusieron en marcha. Les tomó alrededor de quince minutos llegar a la calle. Se estacionó al costado, había una gran cantidad de gente reunida frente la vivienda. Una viejecilla salió a su encuentro. Miró a Diego para que este tomara nota, mientras avanzaban.

-Buenas tarde, recibimos varias llamadas para acudir a un altercado doméstico, ¿Puede decirme su nombre y lo que sabe al respecto?-.

-Soy Abigail Pérez oficial, vivo aquí al lado. Escuché unos gritos terribles desde el interior de la casa de los Lobos pidiendo auxilio. Yo me encontraba en el patio, me moví rápido y me encontré con el Sr. Cortes, el vecino del frente que también acudió. Nos acercamos al porche cuando se abrió la puerta y salió una niña ensangrentada que se desplomó… porque había sido cortada por la mitad…

El oficial notó como el color de su piel se tornaba blanco al recordar. Dos pares de sirenas se acercaban sonando por la calle.

-El Sr. Cortes y dos jóvenes entraron, pero no han vuelto a salir-. Prosiguió contando la Sra. Pérez.

-No se preocupe déjenos a nosotros-. En ese momento se acercaban dos oficiales y otros dos se bajaban de su vehículo.

Un grito de las personas presentes hizo a todos mirar la entrada de la casa. Un brazo asomaba y se quedó inerte, para luego oír un grito desgarrador y una risa macabra tras este.

-¡Diego!-. Gritó el oficial sacando su arma.

Los otros policías se acercaron rápido rodeando la casa, eran seis.

-¡Tenemos la casa rodeada ríndete y sal con las manos en alto!-. Gritó el oficial Aguilera.

El oficial Aguilera le hizo unas señas a Diego para que llamara a la central y pidiera refuerzos, había un asesino en el interior. Necesitaba que

llegaran fuerzas especiales.

-Vamos a entrar, disparen si ven a alguien sospechoso-. Dijo el oficial Aguilera a todos.

Se movieron sigilosos y cautelosos, sus sentidos estaban expectantes a cualquier ataque posible. El oficial Aguilera, miraba de reojo a Diego, notaba que sudaba y hacia grandes intentos por mantener su arma firme apuntando.

-Tranquilízate Diego, te necesito enfocado-. Le dijo con un voz suave pero firme.

Subieron al porche, desde el interior se desprendía un hedor nauseabundo sumamente fuerte, un olor a descomposición avanzada.

Entraron rápido y se replicaron los seis apuntado cada uno hacia un lado, un formación semi-circular. Lo que vieron sus ojos era una visión horrenda, una habitación bañada en sangre y tripas. Cuerpos regados, cercenados, decapitados y mutilados, como si fueran juguetes regados en una habitación infantil. Símbolos extraños escritos por las paredes y la claridad que entraba por las ventanas y la puerta, hacia una visión infernal, todo teñido de rojo, una cripta de algún tipo de secta. Diego empezó a hacer arcadas al igual que otros dos policías, pero nadie bajo las armas. El hedor se les impregnaba en sus narices y ropa.

Avanzaron unos metros cuando algunas gotas de sangre les cayeron en sus ropas. Miraron hacia arriba y vieron el descuartizado cuerpo del Sr. Cortes, observándolos desde el cielo de la vivienda. Diego devolvió su almuerzo semi-digerido. Tres oficiales se dirigieron a las habitaciones más lejanas, mientras el oficial Aguilera y los otros dos inspeccionaron las habitaciones circundantes.

-¡Despejado!-. Iban gritando uno por uno.

Las otras habitaciones estaban limpias, sin ningún rastro de sangre, eran tan normales como cualquier casa, el único infierno era la sala de estar.

Todos se reunieron en el centro, donde debería estar la mesita de centro. En su lugar, se erguía limpia y majestuosamente una estatúa de un ídolo, una especie de dios horripilante. Una figura que permanecía intacta, sin ninguna mancha de sangre. El oficial Aguilera, mientras lo observaba, tuvo la sensación que aquel ídolo de piedra, los estaba esperando.